

CAPITULO I

EL PRESENTE

Hacía fresco, más bien frío; el viento hacía la mañana desagradable. Teresa, apretó con una mano el abrigo, cerrándolo alrededor de su delgado cuerpo, mientras que con la otra cogía fuertemente la bolsa de hule negro con la parca compra del día.

Cada vez le era más penoso cargar con pesos, aunque cada día era menos lo que podía comprar.

Llegó a su casa y empezó a subir despacio las escaleras, parándose de cuanto en cuanto para coger aliento. Se notaba cansada, muy cansada.

"Es el viento lo que me agota tanto - pensó volviéndose a parar un momento para coger aire, pero moviendo la cabeza y medio sonriendo, se dijo para sí - nada de vientos, son los años. No te engañes, Teresa, son tus muchos años los que te cansan".

Cuando entró en su casa, el calor que la acogió la hizo sentirse mejor. Dejó la bolsa en la cocina y encendió el hornillo, donde puso a calentar un cazo con agua para hacerse el desayuno.

Mientras se calentaba el agua, fue a su dormitorio y se cambió los zapatos por unas zapatillas de casa, se quitó el abrigo negro, el velo y volvió a la cocina, donde el agua empezaba a hervir. Con gestos lentos, un poco ausentes, echó el café en el agua y, mientras reposaba, empezó a guardar la compra del día. Poco tardó en ello; total, unas verduras, un huevo, un poco de leche, y pan. Cada día había menos que comprar. Tenía suerte que fuese de poco comer y, cada día tenía menos ganas de ello. A lo único que no se había podido acostumbrar era a prescindir del café. Aún en los momentos más difíciles de la guerra, siempre había procurado tomar café de verdad, nada de sucedáneos, pero pocas veces lo había conseguido.

Sin ganas, se sentó a tomar su desayuno, sin darse mucha cuenta de lo que hacía. Se sentía mareada y cansada. No tendría que haberse quedado, después de misa, tanto tiempo rezando. Y mucho menos tendría que haber ido a la compra. Pero le daba una enorme pereza volver a salir cuando ya estaba en casa, y menos con un día tan desagradable. Paco, su nieto, le había dicho muchas veces que dejase la misa, que Dios no se había de enfadar si un día se quedaba en casa o, en todo caso, que fuese más tarde. Pero las costumbres de toda una vida eran difíciles de cambiar y ella estaba acostumbrada a su misa de siete desde que era una niña y estaba en el colegio, hacía ya tantos años.

Sonrió al recordar lo mucho que le costaba, en aquella época, madrugar para la obligada misa a esas horas. Era tan pequeña...

"Costumbres de una larga vida - pensó removiendo el azúcar - demasiado larga. Parece como si el Señor se hubiera olvidado de mí. ¿Qué es lo que hago yo aquí?, dar la lata, ya que no sirvo para nada. Preocupar a los míos, aunque no lo quieran reconocer. ¿Quién me necesita? Mi marido muerto hace ya treinta años, ¡tantos años sin él! Mis

hijos muertos, casi los mismos años que su padre. Mis nietos tan lejos... Estoy tan cansada, Señor...

Se levantó con trabajo y, después de fregar la taza, se fue a la habitación que le servía para todo, donde un tímido rayo de sol entraba por el balcón.

Se sentó en un sillón cerca del sol y cogiendo la Biblia que tenía encima de la mesa camilla, se puso a leer. Pero ese día no se centraba en lo que leía. Se sentía desazonada, inquieta. Cerro el libro y apoyando la cabeza en el respaldo, cerró los ojos y empezó a recordar lo que había sido su vida. Una larga vida de noventa y seis años....

CAPITULO II

EL NACIMIENTO

1851

Que revuelo trajo su venida al mundo. Se lo había contado mil veces el ama Consuelo. Todavía se acordaba de ella, ya que hizo las veces de madre y, a pesar de los años transcurridos, la seguía recordando con cariño y nostalgia.

Su madre era tan joven cuando la tuvo, que sus abuelas e incluso "la abuela Catalina", que era la madrina de su madre, llevaban varios días en la casa, para controlar y ayudar cuando fuera el momento del parto, a pesar del mucho servicio que tenían sus padres. Y menudo como disfrutaban las señoras organizándolo todo. Se reía el ama Consuelo cuando, recordando, se lo contaba a ella.

- Mira, Teresita, estaban las tres dan vueltas alrededor de tu mamá, dando órdenes, contradiciéndose unas a otras. Tu abuela Torcuata, que, como vivía aquí, en Guadix, no tenía más remedio que, a ciertas horas, volverse a su casa, que a pesar del servicio que tenía, iba todo manga por hombro. Y tu abuelo Miguel protestando continuamente por el desorden que había en su casa...

- Tu abuela Teresa, que, aunque tenía muchos años, había venido desde Almería, pues decía, que semejante acontecimiento no podía perderselo, ya que era un hijo de su hijo pequeño el que iba a nacer... y, ¡Virgen Santísima!, tu abuela Catalina, con sus años y se vino desde la capital y con los calores que traía junio ese año...; del mismísimo Madrid..., con lo lejísimos que pilla. Pero, como me decía el día que llegó:

"Consuelo, este nacimiento merece cualquier sacrificio. No me lo hubiera perdido por nada".

Se echó a reír antes de continuar, gozosa por lo que estaba contando.

- Y el señor, tan nervioso, por eso de ser padre a su edad, ya había cumplido los cincuenta. Se metía en el despacho y no salía en todo el día: "para no estorbar", me decía, pero yo sé que lo hacía para no tropezarse con tanta mujer dando vueltas y órdenes por toda la casa.

- ¿Y la abuela Catalina? - le preguntaba ella, encantada y atenta a lo que oía.

- Tu abuela Catalina era la más sensata. Y la más preocupada por el aspecto de tu mamá. Tus otras abuelas, como la estaban viendo a diario, no le daban importancia o no notaban nada raro, pero ella sí. Cuando llegó y la vio, se asustó mucho.

"Consuelo - recuerdo que me decía - me preocupa mucho la señorita Antonia. La veo muy pálida y demasiado delgada. ¿Qué dice D. Manuel?"

- Nada - le contestaba yo - que la dejemos, que es normal con el calor que tenemos, que es lo que le quita las ganas de comer, aunque ya sabe usted, doña Catalina, lo poquito que ha comido siempre la señorita Antonia. Que cuando pase todo, se la lleva al cortijo, que está más fresco y allí se pondrá como una rosa, dispuesta a esperar el próximo hijo. Pues sabrá usted, doña Catalina, que piensan tener más de diez hijos, pues como dice mi señor, qué para que quiere tanta tierra y tanta casa, si no es para todos los hijos que han de venir, y yo le digo al mi señor, que primero se desocupe el horno, antes de entrar más pan a cocer...

Dando un bufido, Consuelo empezó a doblar la ropa que tenía en un cesto dispuesta para plancharla.

- Mire usted, doña Catalina - llamó su atención extendiendo una camisa de dormir, una preciosidad bordada y con aplicaciones de encaje - fíjese en este camisón. Se lo hicieron las monjas del convento, donde había estado doña Juliana, la tía del señor. Le quedaba primorosamente cuando se lo hicieron para el ajuar. Pues ahora le cuelga por todas partes. Si casi no se le nota la preñez... - volvió a doblar la delicada prenda y la dejó de nuevo en el cesto.

- ¿Quién la plancha? - quiso saber Catalina.

- Yo. La ropa de la señorita y la del señor, la plancho yo. No dejo que la toque ninguna de las mozas - había orgullo en su voz al decirlo.

Catalina, sin decir nada más, salió y fue a la salita que daba a la Placeta. Allí estaban sentadas haciendo labor las dos abuelas y la futura madre, causante de todo el jaleo.

Se la veía muy joven y es que lo era. No había cumplido aún los diecinueve años. Era de estatura media, tez muy blanca, en la que destacaban unos inmensos ojos verdosos, muy expresivos, en una cara aniñada y menuda.

- ¡Niña! - gritó aspavero Catalina al entrar - tápate con el mantón y échate en el sofá - acercándose a ella, la empujó cariñosamente, para que se recostase, mientras pretendía taparla.

- Abuela, por Dios... - protestó la joven - si hace un calor que se derriten las piedras.

Estaba sonrojada y con la frente perlada de sudor. Tenía los ojos brillantes, como si tuviese fiebre y un mohín de disgusto en su boca.

- ¿La ha visto el médico? - preguntó Catalina sin dirigirse a nadie en particular.

- La vio ayer tarde Matías, además de Dolores, la partera - fue Torcuata, la madre de Antonia, la que contestó sin levantar los ojos de la labor que tenía entre las manos.

- ¿Qué han dicho?

- Los dos la encuentran bien, un poco delgada y floja, es verdad, pero Matías no le ha dado importancia, ya sabes como es. Dice que con este calor que tenemos, no se puede esperar otra cosa que la falta de apetito.

Hubo un silencio que rompió Catalina al preguntar interesada:

- ¿Cuándo sale de cuentas?

- El veintidós - la informó Torcuata.

- No creo que llegue - intervino la otra abuela que se había mantenido en silencio - se le está poniendo cara de parto.

Las tres mujeres dirigieron la vista hacia la joven, que parecía molesta al oírlas hablar como si ella no estuviese allí.

- ¡Ojalá! Ya estoy cansada de estar así de gorda - exageró - parezco un saco. Estoy incómoda y con sofocos con este calor. No tengo ganas de nada más que nazca lo que sea.

Con un gesto de airada rebeldía, echó a un lado el mantón con que su abuela la había arropado e hizo ademán de levantarse con ademán brusco. Pero no lo consiguió, un fuerte dolor en la parte baja del vientre, la hizo volver a sentarse. Palideció al tiempo que se llevaba las manos a la tripa, gimiendo. El dolor que sentía le impedía hablar.

Las tres señoras se levantaron al tiempo y fueron presurosas hacia ella, lanzando exclamaciones y dando consejos.

- ¿Qué te ha pasado?, ¿qué te duele?, échate, mujer, estarás mejor...

En un momento se montó un guirigay de órdenes y lamentos. Estos últimos de Antonia, que asustada seguía apretándose la tripa entre gemidos.

- Estoy echando agua... - gimió asustada.

- ¡Está de parto! - anunció Teresa con voz triunfante - ¿no os lo había dicho yo?

- ¡Consuelo, Consuelo!, ¿dónde estará esta mujer? - gritaba Torcuata asomándose a la puerta para que la oyeran.

La única que parecía no haber perdido los nervios era Catalina, que ayudó a Antonia a levantarse del sofá.

- Vamos, hija, te ayudaré a ir a tu cuarto, para que te metas en la cama. Que parece que este niño tiene prisa por nacer.

Antonia, asustada e impaciente por que todo pasase, se dejó llevar hasta su dormitorio, rezando para que todo fuese bien.

- ¡Una niña, ha sido una niña! - gritaba Consuelo mientras bajaba las escaleras todo lo deprisa que le permitían sus piernas. Alborozada se lo iba comunicando a todo el que se encontraba. Entró por fin en la cocina para dar la buena nueva.

- Ha sido una niña. La señorita Antonia ha tenido una niña.

Al instante fue rodeada por todo el servicio que allí estaba. La cocinera dejó el cazo que tenía en las manos y emocionada, no en vano ella conocía a la señorita Antonia desde que había nacido, preguntó:

- ¿Has visto a la niña?, ¿cómo es?

- Un ángel, es como un pequeño angelito. Redondita, rosada y muy, muy guapa. Tiene el pelito rubio como la señorita Antonia.

- ¿Cómo está la señorita?

- Muy cansada, pero muy contenta. ¿Con las ganas que tenía ella de parir...! Espero que ahora se anime más y pueda salir con el amo, que bastante solo se ha visto el pobre en estos últimos meses - la informó Consuelo, con la confianza que le daba el haber sido niñera de la joven madre.

Todos celebraron el acontecimiento que suponía que su joven ama hubiera parido felizmente su primogénita.

Arriba, en el dormitorio de los señores, se oía llorar a la niña.

Manuel, el padre, visiblemente nervioso, no se atrevía acercarse a la cama, donde pálida y con los ojos cerrados se encontraba su mujer. No se acababa de creer el milagro que tenía ante sus ojos. Con cuidado, le pasó los dedos por las mejillas y ella abrió los ojos, mirándole.

- Gracias, mi amor, gracias.

- ¿La has visto? - murmuró somnolienta.

Aún no lo había hecho, pero la comadrona, cogiendo a la niña, ya bañada y vestida, se la puso en los brazos.

- Vamos, amo, cójala usted, mire que angelito tiene de hija.

Miró Manuel a su hija y se emocionó al ver la carita sonrosada, con los ojos fuertemente cerrados y un gesto enfurruñado, como si no acabase de admitir donde estaba. La niña, al sentir los brazos de su padre, pareció intuir quién la tenía cogida y el gesto enfurruñado se borró de su cara.

Las nuevas abuelas, encantadas, daban vueltas alrededor de él, dándole consejos.

- ¡No la aprietes tanto, que la puedes hacer daño! - le dijo su madre nerviosa.

- ¡Manuel, por Dios!, cógela con más garbo, que se te va al suelo... - le indicó su suegra.

Sólo Catalina, después de mirar a la niña, se acercó a la cama, sentándose al borde y con un pañuelo humedecido en agua de rosas, se lo pasó por la frente sudorosa de Antonia. Le dio después un beso y la alabó.

- Lo has hecho muy bien, hija. Te has portado con mucha valentía.

Antonia, sonrió con cansancio. Quería ver a su hija, saber como era y así se lo pidió a Catalina.

- Ahora mismo te la traen, pero ya te adelanto que es preciosa.

- ¿A quién se parece?

Soltó Catalina una carcajada antes de responder.

- Ahora mismo a nadie. A cualquier otra criatura recién nacida. ¿Ya sabéis como la vais a llamar?

- Teresa, como yo - adelantó la madre de Manuel que se acercaba a la cama con su nieta.

La entrada del ama Consuelo con los faldones de cristianar, cortó cualquier réplica o protesta de la otra abuela.

- Bueno, vengo a vestir a la moza, que el Párroco ya está esperando - anunció a todos. Cogió a la niña y empezó a vestirla con un precioso faldón de cristianar, con el que habían bautizado a su padre, a su abuelo e incluso a su bisabuelo. Lo había traído Teresa y era una auténtica reliquia, de un color marfileño con encajes, que no parecía hecho por manos humanas.

- ¿Cómo van a poner a la nueva cristiana? - preguntó el Párroco.

- Teresa, Micaela, Paula, Filomena, Torcuata. Yo te bautizo en el Nombre del Padre...